

Maria Lúcia de Brito MOURA. *A « Guerra Religiosa » na I República*. 2 Edição Revista e Aumentada (Estudios de Historia religiosa, 8). Lisbonne, Universidade Católica Portuguesa, 2010. 24 × 17 cm, 635 p. € 30. ISBN 978-972-8361-32-7.

Este libro de la historiadora portuguesa es la edición completa de un estudio del que publicó una primera versión más reducida y agotada. Es muy de agradecer — e incluso puede considerarse un hito en la historiografía portuguesa —; no son muchas las investigaciones sistemáticas y rigurosas sobre la revolución de 1910; menos, si cabe, en aspectos que fueron tan importantes en aquellos días como todo lo religioso. Hay razones sobradas, por lo tanto, para felicitarse.

El libro es un veneno de noticias que lo convierten en instrumento imprescindible para quien quiera conocer o avanzar aún más en el estudio no sólo del asunto que se aborda en él, sino de la historia occidental — si no universal — de esos años y, más aún, la historia religiosa. El descuido en que ha estado sumido el conocimiento de la historia de Portugal en el resto de Europa y, de la mano de ello, el de su vida religiosa son desproporcionados con el hecho de que sea un país de habla portuguesa (el Brasil) el que reúne el mayor número de católicos del mundo; que hayan sido precisamente portugueses quienes formaron en su día el país brasileño y, que, por otra parte, llame la atención desde hace mucho la persistencia del pueblo portugués — y no tan sólo el brasileño — en las creencias católicas, y ello contra viento y marea, por más que no hayan sido escasas ni débiles las tormentas y tempestades que han tenido que soportar.

La de 1910 en adelante fue acaso la de mayor envergadura. La autora traza una introducción donde recuerda la importancia de la política regalista que encarnó el marqués de Pombal en el siglo XVIII. Pero lo superó con creces lo sucedido ciento cincuenta años después.

El libro es un veneno de noticias porque es notablemente descriptivo. Pero esa circunstancia, no sólo se justifica en este caso, sino que se agradece precisamente por la gran cantidad de elementos de juicio — de datos y de textos — que ofrece a quienes quieran incorporar ahora el caso portugués a la historia de ámbitos geográficos o temáticos más amplios.

Ese carácter descriptivo no es, sin embargo, cronológico, sino temático. Tan es así, que habría sido afortunado un cuadro cronológico incluido al principio, con todos los detalles necesarios para que sea cualquier lector quien pueda situarse en el contexto histórico en cualquier momento de la lectura. Hubiera facilitado mucho la comprensión y una mejor valoración de lo que dice, en especial — lógicamente — a los lectores que no conocen con el detalle imprescindible la historia portuguesa.

En parte, eso es así — que no se siga un orden cronológico — porque el libro no intenta ser una narración de historia política que ponga de relieve el proceso político del que habla. Lo que expone la autora son más bien las razones de unos y de otros y las reacciones que en unos provocaron las medidas de contenido religioso y, en otros, las reacciones de los primeros, sobre todo cuando impedían que se aplicaran esas leyes o frustraban sus intenciones o incluso se asomaba la violencia, siquiera fuese como amenaza. El tradicionalismo portugués seguía vivo y era claro su arraigo, principalmente en las regiones del norte del país.

El alcance de las medidas adoptadas en esos años sorprenderá a muchos lectores: le sorprenderán los actos de violencia y las profanaciones de templos y objetos de culto (por ejemplo, p. 268s) pero también el — por qué no decirlo — zafio infantilismo de algunas pretensiones, como la de cambiar la fiesta de San Antonio (13 de junio) por la de un canonizado “San Camôes” (10 de junio, p. 436). No estamos ante un brote anticlerical como el que dividía a los franceses en la primera década del siglo XX, poco antes de que estallara la revolución portuguesa, y aún se parece menos al anticlericalismo de amagos que se desarrolló en España en esa misma época y justo hasta el momento (1910) del estallido portugués. Algunos de los principales protagonistas del anticlericalismo español de aquellos años eran católicos practicantes (como Canalejas o Romanones), en tanto que, entre los activistas portugueses de esos mismos años, no se ocultaba la intención de terminar completamente con el catolicismo, por considerarlo como mera superstición que engañaba a ignorantes.

Los textos que la autora reúne y que apuntan en esa dirección son llamativamente explícitos y claros. No se reducen a la consabida “cuestión escolar”; pero tienen en ella especial claridad (p. 500ss).

También lo es la resistencia que opusieron los católicos. Son muchos los aspectos que llaman la atención en este último sentido (y en muchos otros). El clero secular portugués llevaba fama de ser poco ejemplar, sobre todo en el celibato, y escaso el celo pastoral (por ej.,

p. 29). Las autoridades revolucionarias intentaron ganárselo por medio de una adhesión explícita que conllevase beneficios — económicos ante todo (una pensión a pagar por el estado) — y se encontraron con que esos mismos curas que parecían débiles en aspectos fundamentales de la vida sacerdotal no lo eran hasta el punto de preferir la obediencia a los gobernantes civiles en aquello que los obispos decidieron vetar. La mayoría obedeció a su respectivo prelado (p. 112).

Estos últimos, por su parte, actuaron con prudencia hasta el extremo de exasperar a quienes esperaban de ellos que presentaran cara a esas y otras medidas. Pero, lo hicieran o no en el momento adecuado, acabaron por dejar clara su postura y rechazar lo que se había convertido en un verdadero *Kulturkampf*.

Precisamente es éste uno de los aspectos que interpelan a este lector. La cruzada contra la Iglesia que se describe en este libro se asemeja, sin duda, a la desarrollada en Francia desde 1790 ante todo y a la muy posterior de la España de 1930. La autora es consciente de ello e introduce comparaciones con frecuencia. No es ese, sin embargo, el fuerte de su investigación. En las fuentes empleadas, sorprende gratamente la magnitud del estudio hemerográfico que subyace en el libro. En cuanto a los archivos, no se ha conformado con fondos nacionales, sino que ha trabajado en el conjunto del país y eso la ha hecho capaz de detallar enormemente — con un sinnúmero de concretos casos locales — los efectos de esa política y las réplicas con toda su inmensa gama de matices. Pero contrasta ese hecho con la ausencia de fuentes diplomáticas. Sería importante ver la percepción de todo aquello que tuvieron los diversos representantes acreditados ante el gobierno portugués. La ruptura de relaciones con la Santa Sede obliga a deducir que, en este caso, la consulta de los papeles de la nunciatura en Lisboa — en los Archivos Vaticanos — no daría — quizá — mucho resultado. Pero era habitual — lo hemos comprobado — que, en casos de ruptura diplomática, fuesen los nuncios de los países más importantes y de los más cercanos quienes se preocuparan de informar a Roma. Con toda seguridad, en las secciones vaticanas de las nunciaturas de Madrid, París y Londres habrá documentación suficiente para tener esa otra perspectiva. No hay que olvidar que, como explica la autora, muchos clérigos optaron por exiliarse a España o al Brasil especialmente (p. 140-141).

De todas formas, valoremos este estudio como lo que es: un esfuerzo pionero para desbrozar — y más que desbrozar — un campo abandonado, ya que no virgen en la investigación. Se trata, sin duda, de una obra que debe figurar en todas las bibliotecas de historia relacionadas con la de la Iglesia o Europa (para leerlo y contar con él, claro está). Hay que felicitarle por su publicación y dejar constancia de algo que observamos hace años: la notabilísima altura y calidad de las investigaciones que se llevan a cabo en el Centro de Estudos de História Religiosa de la Universidade Católica Portuguesa. Es, realmente, un centro modélico, que nada tiene que envidiar a los mejores de otros países de tradición cristiana.

José ANDRÉS-GALLEGO